

La secuela atómica

EDUARDO LADRON DE GUEVARA

Resulta que, casi sin darnos cuenta, han pasado veinte años desde el día aquel en que dos bombas atómicas casi nos pulverizaron, cuando a un avión norteamericano se le cayeron al mar, en las playas almerienses de Palomares, en lo que se llamó «un accidente desgraciado que, afortunadamente, no ha tenido consecuencias».

Cuatro lustros separan las bombas de Nagasaki e Hiroshima de las de Palomares, si bien, por suerte, las nuestras apenas nos dieron un susto morrocotudo, que no pasó a mayores gracias, en primer lugar, a que no explotaron y, en segundo, a que un pescador llamado don Paco puso en ridículo a todos los sistemas de detección y rescate de ingenios nucleares, localizando a ojo el lugar exacto donde se hallaban los petardos.

Durante años y años la Junta de Energía Nuclear aseguró que las bombas aquellas no dejaron el más mínimo residuo radiactivo, lo que, sin embargo, no llegó a tranquilizar del todo al personal que vivía y vive en los alrededores del epicentro, que en cuanto llega una gripe o cualquier otra enfermedad menor ya están viendo el fan-

tasma de la contaminación flotando sobre sus cabezas.

Sin embargo, según el reciente informe de la junta, se acepta que las bombas de Palomares dejaron residuos radiactivos, si bien éstos fueron tan pequeños que no determinaron en la población sintomatología ni enfermedad alguna que pueda considerarse achacable a la contaminación residual. Por otra parte, «a partir de los análisis estadísticos de los fallecimientos producidos en la zona y de las causas que los han motivado —dice el informe— se ha deducido que el porcentaje acumulado de fallecimientos, en función de la edad, es comparable al correspondiente a España, y que el porcentaje de defunciones debidas a cáncer y leucemias es conjuntamente el 13,45%, valor comparable al 15,53% correspondiente a la media nacional de defunciones por tumores cancerígenos».

Todo esto está muy bien y debería tranquilizarnos de una vez por todas si no fuera por un dato que tenemos a mano y que no hay modo de olvidarlo. En un momento, el nov. 1966, la oposición, en un momento de crisis, el ministro de Información y Turismo, don Juan de Borja y Cayeros, tuvo el valor de tirarse a las aguas para demos-

trar al mundo y a los «tous operators» que nuestras playas no tenían contaminación ni zarandajas, que nuestros tomates eran los mejores del mundo y que la sardinita asada en los chiringuitos continuaba siendo un manjar exquisito y barato. Y como al señor Fraga ni se le cayó el pelo ni enfermó, el tufisino quedó convencido de que efectivamente no había pasado nada y que nuestras costas les esperaba con la paz, el sol y los buenos callos de siempre para darle la bienvenida.

Para veinte años después, una pregunta ha saltado y ya no hay modo de frenarla: ¿Por qué se le trabuca la lengua? ¿No será por culpa de aquel baño? ¿No llevará el político la carga de un secreto intimo, tantos años oculto por amor a España?

Si los problemas fontéticos del castigmático conde adior tienen determinados por algún tipo de residuo radiactivo que se le metió en el frenillo, hora será de exponer sus míseros trabalenguas, reconociéndole amablemente su capacidad de servicio. Y que el señor Calviño se ponga a explicar el tema, que esta sana más de lo que uno cree, en el marco del motivo de tanto tráfuc que en un programa especial.